

los mejicanos. Hice entonces venir al brigadier Milans, que era el jefe español, el cual me confirmó lo manifestado por los ingleses, así tambien lo hizo luego el coronel Roze, comandante del vapor *Magénne*, que era el jefe francés, al cual rogué que procurara encontrar al señor conde de Saligny y le suplicara que viniera á mi casa, si le era posible.

Vino en efecto el conde, y despues de hacerle presente lo que estaba pasando, concluí preguntándole si habia ó no firmado la alocucion al país. Él entonces, con asombro mio, me dijo: “*No, je n'ai pas signé.*” Yo no sabia lo que me pasaba, y así fué que maquinalmente fuí acercándome á él, diciéndole en tono mas fuerte: ¡Cómo! ¡V. dice que no ha firmado la alocucion al pueblo mejicano? ¡No lo ha hecho vd. aquí en este mismo sitio? Y todavia me contestó *que no*, añadiéndome: “*ni vd. tampoco.*” *Et vos non plus.* Al oír estas palabras me retiré como quien aspira un aliento fétido, comprendiendo que allí habia alguna farsa. Los comisarios ingleses estaban asombrados, y yo tambien estuve un rato sin saber qué hacer, hasta que por fin repuse: “Señor de Saligny, mi cabeza se pierde: sírvase vd. esplicarme lo que significa todo esto;” á lo cual, con extraordinario aplomo, ¡vaya un aplomo! me contestó él: “es verdad que en la conferencia convenimos en dar la alocucion al país y en que se imprimiera y publicara, autorizándola con nuestras firmas; pero el materialismo de firmar el borrador que quedó en el acta, no lo hicimos: esto es lo que he querido decir, sin decirlo.” A eso me contenté con replicar, pálido y convulso de ira: “no le contesto á vd. porque mi respuesta estando en mi casa seria demasiado dura.” ¡Habeis oído, señores? Pues ese es el diplomático á quien el gobierno del emperador ha dado crédito, y el que ha causado los males que pesan hoy sobre Méjico, y sobre el ejército francés.

Concluida la primera parte de mi relacion histórica, ruego al señor presidente se sirva suspender la sesion, para continuar en la de mañana el discurso que tengo empezado.

El señor PRESIDENTE: Siendo pasadas las horas de reglamento, se suspende la discusion, la cual continuará mañana.

SESION DEL DIA 10.

El señor conde de REUS: Al pronunciar ayer ciertas palabras en catalan, las cuales querian decir: “el francés te hace aire, afirmate, y ¡viva España!” el senador marqués de Guad-el-Jelú, mi compañero y amigo, se dió por aludido con cierto aire que me hizo creer que la alusion le lastimaba. Por si es así, como nada está mas lejos de mi ánimo que pretender molestar á persona alguna, debo dar una breve esplicacion de por qué aludí á su señoría.

Empiezo por declarar que las palabras que pronuncié me las escribió el señor marqués de Guad-el-Jelú estando yo en Veracruz por el mes de Enero, en contestacion á una cartamina, y contándome lo que allí pasaba. Esto releva á su señoría del cargo que alguno pudiera hacerle de oficioso al darme cuenta de lo que pasaba en otro país. Por lo demas, las frases citadas son para mí tan nobles y tan españolas, que ni remotamente podia presumir que su cita causase ni sombra de molestia al señor marqués de Guad-el-Jelú, y menos cuando somos amigos hace muchos años, compañeros de profesion y paisanos.

El señor marqués de GUAD-EL-JELÚ: Si el señor conde de Reus me lo permite y tambien el señor presidente, diré breves palabras.

El señor conde de REUS: Con mucho gusto.

El señor PRESIDENTE: El señor marqués de Guad-el-Jelú tiene la palabra.

El señor marqués de GUAD-EL-JELÚ: Doy gracias á mi antiguo amigo el señor conde de Reus por la franca y espontánea manifestacion que acaba de hacer; pero su alusion de ayer no podia serme desagradable en manera alguna, como no fuera en un solo concepto, el de que pudiera creérseme su corresponsal de oficio. Por lo demas, hombre político, español cual debo serlo y amigo del conde de Reus, que á la sazón desempeñaba un cargo de trascendencia, contesté á una amistosísima carta de su señoría y escribí las mismas palabras que ha citado: y por cierto que recuerdo haber coincidido aquella carta con las noticias que circulaban en España sobre fundar una dinastía en Méjico; no me sen-

tia yo, por razones históricas, partidario del establecimiento de aquella dinastía.

Concluyo repitiendo las gracias á mi amigo el señor conde de Reus, dándoselas también al señor presidente que me ha permitido hablar, y renunció la palabra.

El señor PRESIDENTE: El señor conde de Reus puede continuar su discurso.

El señor conde de REUS: Ayer concluí la primera parte de la relacion histórica que debo presentar al Senado; y ahora daré principio á la segunda, donde va á entrar en escena el señor general Almonte, y donde se verán mas graves sucesos, los cuales seguiré paso á paso, hasta llegar á la catástrofe de Orizava. Esta calificación es debida á un orador que no lo es de esta Cámara; y no le falta razon por cierto: catástrofe fué aquella; pero no para nuestras armas, sino para las armas francesas. Duras, muy duras palabras dijo el orador á quien aludo, entre ellas las de que los ministros aliados en Méjico habíamos cometido actos de demencia y de la última malignidad, teniendo su señoría la poca compasion de atribuir al ministro español los mas de esos actos. Y todo ¿por qué? Porque dejamos en pié al gobierno de Juarez. ¡Actos de demencia y de la última malignidad! Hay palabras que no tienen contestacion posible si no se riñe con el que las ha pronunciado; y como yo no quiero riñir con nadie, me contento con rechazar esa calificación: la rechazo, pues, así, á secas, y sobre eso no digo mas. Los que han censurado la política del gobierno en Méjico, lo han hecho así por no haber sido aquella la política que ellos querian: lo que no comprendo es que hombres liberales hayan podido censurar la política en cuestion. ¡Pues qué! ¿no ha sido liberal? Eso no puede negarse.

A últimos de Febrero llegó á Veracruz el general Almonte; ambos nos habíamos conocido en París, éramos amigos, y esto facilitó nuestra primera entrevista. Con dicho señor llegaron el padre Miranda, el padre Haro y otros emigrados pertenecientes al partido reaccionario todos ellos.

Lo primero que hizo el general Almonte fué anunciarme la llegada del conde Laurencez con un refuerzo de 4,000 hombres. “Bien venidos sean los franceses, le contesté: no me pesa que vengan.” En seguida me anunció que el ge-

neral francés me traeria una carta autógrafa de S. M. I., y aquello me halagó como una nueva muestra de la bondad del emperador para conmigo. Acto continuo, el general Almonte entró en materia sin rodeos. Contóme que venia de acuerdo con el gobierno imperial para derribar el gobierno de Juarez y la República y crear una monarquía, y añadiendo que como esta no existiría sin monarca, lo sería el archiduque Maximiliano de Austria. Díjome también que habia estado en Viena para ofrecer la corona al archiduque, y que este la habia aceptado, hallándose S. A. muy dispuesto á embarcarse en cuanto se le avisara. Por último, añadió el Sr. Almonte que aquello seria negocio de un par de meses, porque todos los mejicanos se levantarían al ver enarbolada la bandera monárquica.

Yo le oí sin que por mi parte hubiera la menor interrupcion, y así pudo concluir su relacion tranquilamente. Sin embargo, antes de decirle mi opinion sobre el particular, quise saber cómo y por qué se contaba con el auxilio de las armas aliadas, y preguntéle si los tres gobiernos estaban de acuerdo en materias tan graves. Contestóme que á su vuelta de Viena habia estado en Madrid y hablado con los señores duque de Tetuan y Calderon Collantes, los cuales vinieron á manifestarle que teniendo el conde de Reus la confianza de la reina y de su gobierno, y hallándose como se hallaba sobre el terreno, nada podían decirle hasta que el conde escribiera sobre la situacion del país.—¿Y el gobierno inglés? le pregunté.—Está de acuerdo con el gobierno del emperador, me contestó.

No necesité mas para comprender que el general Almonte queria engañarme, como habia engañado á la Córte de Francia, haciéndole creer que eran tantos los partidarios de la monarquía en Méjico, que en viendo flotar las banderas aliadas en los muros de San Juan de Ulúa, á los dos meses concluiría todo. Pero á mí no podia engañarme, pues por el mismo paquete que trajo al Sr. Almonte recibí yo despachos del gobierno de S. M. y cartas particulares de los señores presidente del Consejo y ministro de Estado. Y tampoco podia engañarme, porque estando yo sobre el terreno, no veía yo, como él, partidarios de la monarquía.

Ahora pregunto yo: ¿permitía la convencion de Londres

que las armas aliadas apoyaran la bandera que el general Almonte traía de Francia? Por su puesto que dicho general decia que se consultaria la opinion del país.—¿Y cómo? le pregunté.—Por medio de una asamblea de notables, me contestó: pero antes destruyamos el gobierno de Juarez.

Los ministros ingleses, desde el momento en que conocieron los planes que traía el general Almonte, así como el refuerzo destinado á las tropas francesas, previeron sucesos ajenos á la mision que llevábamos á Méjico, y me anunciaron verbalmente que el batallón de la marina real, aprestado ya para ir á Orizava, se reembarcaba al dia siguiente, pero que ellos seguirian formando parte de la conferencia, donde quiera que se reuniese.

Hé aquí ahora los despachos y cartas que recibí por el mismo paquete que llevó al general Almonte: (su señoría leyó varios despachos y cartas, cuyo espíritu era análogo al de las bases de la convencion de Lóndres; despachos y cartas que se insertan en el número del *Diario de Sesiones del Senado* correspondiente á la sesion de hoy).

Después de esto, ¿habrá quien diga que yo hice en Méjico política propia? No; hice, como debia, la política del gobierno, ciféndome leal y exactamente á sus instrucciones. Que esta política fué noble y conveniente al esplendor del trono y á los altos intereses del país, no cabe dudarlo, puesto que así lo han declarado la reina, el gobierno y el país; pero por eso mismo tengo empeño en que se vea que yo no fui mas que el leal ejecutor de la política del gobierno. Al César lo que es del César.

Pertrechado con tal arsenal de buenas razones, contesté al general Almonte que no comprendia cómo el gobierno del emperador podia estar de acuerdo con un plan tan contrario á la convencion de Lóndres y á todos los compromisos de honor adquiridos por los ministros aliados en Méjico, y que por lo tanto el plan me parecia inícuo y desleal, y hasta absurdo por lo irrealizable.—La mision de los aliados, le dije, no es la de quitar y poner gobiernos, ni mucho menos crear monarquía para el archiduque de Austria ni para nadie. Si andando el tiempo quieren los mejicanos monarquía, no nos opondremos á ello, sino que al contrario, los ayudaremos; pero eso ha de ser el resultado de la libre vo-

luntad del pueblo mejicano. Esta es la política aliada, y por lo tanto no cuente vd. para ese fin con las armas españolas ni con las inglesas, porque segun se me ha dicho, mañana se embarcarán.—Pues entonces contaré con las de Francia, me replicó Almonte.—Lo dudo, repuse yo, pues no creo que los subdelegados franceses hagan tal cosa sin recibir orden de su gobierno, y el emperador tiene demasiado talento para dar semejante orden.—Y acabé pronosticándole que si seguia en su empresa, haria un completo fiasco.

La division española estaba ya en marcha hacia tres dias, y yo salí al siguiente á reunirme con ella en Paso Ancho. Aquí debo decir que las tropas españolas, en aquel caliente y abrasado clima, hicieron su marcha de una manera admirable, rompiéndola como siempre los ingenieros, los cuales remendaban el camino, y por cierto que bien lo necesitan los de aquel país. Los ingenieros, repito, rompian la marcha, mereciendo elogios por su actividad é inteligencia, mientras los artilleros se multiplicaban verdaderamente, pues no solo conducian sus trenes por aquellos malos caminos, sino que daban tambien ayuda á varios carros franceses rezagados. Los soldados de caballería por su parte iban á pié, para que los enfermos montaran en sus caballos; y la infantería, por último, cargada con el enorme peso de cinco raciones, y con su tienda, manta y equipo, mostraba una vez mas el vigor inherente á nuestra raza. Algunos cayeron enfermos; pero llenos de voluntad, no se rendian mientras tenían un átomo de aliento.

Con este motivo recuerdo haber encontrado dos que iban muy despacio: uno de ellos, herido en un pié, acompañaba á un calenturiento, llevándole su fusil y su morral; y habiéndoles dicho yo que subieran á mi carruaje, tuve que mandarlo al ver que me contestaban que otros habria en peor estado que ellos. ¡Ah, bravos hijos de la noble España! ¡No estrañaré que un dia asombreis al mundo entero con vuestros heróicos hechos! Señores jefes, oficiales, sargentos, cabos y soldados que compusisteis la expedicion de Méjico! á todos os saludo.

Desde los primeros dias de mi llegada á Orizava entablé correspondencia con el vice-almirante la Gravière que se encontraba en Tehuacan. A esa correspondencia se refirió

el Sr. Bermudez de Castro, pidiendo la presentacion de dos cartas. Yo dudaba si siendo estas confidenciales y no habiéndose las enviado al gobierno, debia presentarlas; pero un movimiento afirmativo de cabeza hecho por el señor ministro de Estado me sacó de mi situacion. Ofrecí, pues, traer dichas cartas, y ayer quedaron sobre la mesa, formando parte del espediente diplomático.

Conviene leer la primera de ellas, su fecha 17 de Marzo para que se vea el poco caso que el comisario francés hacia de las reclamaciones que debian dirigirse al gobierno de Méjico. Héla aquí, señores: (Su señoría la leyó). Se vé, pues, que la primera mision de los aliados consistente en reclamar cantidades, pedir reparaciones y exigir garantías, era de muy poco valor para el señor vice-almirante: otra cosa valia mas á sus ojos, y ya la encontraremos.

A la sazón recibió sir Wyke la noticia de que el gobierno de Méjico seguia exigiendo á nuestros compatriotas un 2 p^o sobre los capitales, imponiendo ademas un empréstito forzoso de 500,000 pesos á seis casas, de las cuales tres creia yo ser españolas. Estaba equivocado en esto, pues no habia mas que una, y era hispano-americana: la mia. En el acto escribí al Sr. Doblado, ministro de Juarez, pidiendo esplicaciones sobre el particular: y como me contestara con el diapason un poco alto, dije á la Gravière que debia reunirse pronto la conferencia para tratarse de aquello, pues si se habia de romper el fuego, debia hacerse en defensa de los intereses de nuestros conciudadanos, y no por causas injustificables. ¿Y qué me contestó M. de la Gravière? Lo que resulta de la siguiente carta: —(Su señoría la leyó).

De aquí se desprende la declaracion esplicita de que M. de la Gravière pensaba obrar sin acuerdo de la conferencia, puesto que en adelante debia la espedicion ser francesa; y ademas se desprende tambien su idea de llevar adelante el plan de establecer una monarquía en Méjico.

Mas esplicito está todavia el señor vice-almirante en otra carta confidencial que tambien me escribió, y de la cual puedo hacer uso, autorizado como lo estoy por su autor. Héla aquí: (Su señoría leyó otra carta, en la cual se hablaba, entre otras cosas, de la creacion de una monarquía

en Méjico, y de la resolucion concerniente á llevar á cabo esta idea).

Tengo ademas otras cartas que no leo por no fatigar al Senado; pero sin embargo, debe oír una del mismo Jurien de la Gravière, escrita el 22 de Marzo por la mañana. (Su señoría leyó otra carta en la cual decia el firmante que no podia abandonar al general Almonte, puesto que tenia toda la confianza del gobierno que representaba el mismo la Gravière, añadiendo que el gobierno francés le habia puesto en el caso de no deber respetar los acuerdos de la conferencia). Ahora bien, yo pregunto: ¿qué significa un miembro de la conferencia, á quien su gobierno da órdenes reservadas para que en un caso dado no respete los compromisos contraídos?

Así las cosas, supe que el general Laurencez habia salido de Veracruz, acompañado del general Almonte y escoltado por un batallon de cazadores. El dia de su llegada á Orizava, salí á recibirle como cumplia al compañerismo y á la caballerosidad, y despues de los primeros saludos, entré en materia, impaciente por saber cómo ó por qué el general Laurencez iba acompañado de Almonte, siendo así que esto debia crear conflictos, toda vez que las armas inglesas y españolas no estaban dispuestas á sostener la pretension del último. El general Laurencez mandó detenerse al batallon de cazadores hasta recibir órdenes del vice-almirante. Aprovechando esta situacion, y deseoso de hacer todo lo imaginable para evitar la ruptura entre los aliados, de acuerdo con los comisarios ingleses, me fuí á Tehuacan á hablar con el vice-almirante; y aquí entra lo bueno.

Conociendo yo que M. Jurien de la Gravière tenia la manía de ir á la capital, por creer que allí encontraria grandes masas de monárquicos, los cuales no esperaban mas que su llegada para proclamar la monarquía, le dije: “Vamos, puesto que vd. lo quiere, iremos á Méjico;” y entre broma y serio, añadí: “y allí le permitiré á vd. que intrigue en favor de su archiduque.” Y en efecto: allí poco me importaba, como que hablándose el castellano en Méjico, á mí me entendia todo el mundo, mientras que á él no le entendia nadie.—Iremos pues, á Méjico, me contestó él; pero ¿cómo lo haremos?—Pidiéndolo, le repliqué, en garantía de los trata-